

Ayer comenzamos una historia de amor y de entrega. Dios te eligió antes de nacer: te amaba cuando ni siquiera existías. Él te llamó y te hizo suyo. Dios te concedió la gracia de conocerlo de verdad y llenó tu corazón de deseos de seguirlo.

Piensa que Él quiso hablarte al oído y te propuso un camino en la vida. Nunca caminaste solo. Él siempre estaba guiando con su mano amorosa de Padre los senderos de tu existencia.

Si miras la historia de tu vida, comprenderás que Él todo lo hace para el bien de aquellos a los que ama.

El Espíritu Santo sembró en tu alma la semilla de la oración. Él te llama por tu nombre. Hoy, ahora, tu oración ha de ser silencio. Escucha al Señor, atiende y acoge su misericordia en tu alma.

Dios quiere tu propia nada, porque Él desea ser en ti tu todo. No tengas miedo a Dios. Preséntate ante Él indefenso. Sé arcilla blanda y dócil, abandonada en sus manos de alfarero.

Entregaselo todo. Reconoce las heridas que aún no han cicatrizado. Revive las alegrías que te plenifican y te llenan de esperanza; tus pobreza y tus posibilidades, tus ilusiones y tus decepciones, tus esperanzas y tus frustraciones...

Dios libera tu alma y tu vida, te libera a ti. Sí: fíate de Él. Esta confianza te salvará. Abandónate en confianza, renueva tu confianza en el Señor. Vive en Él y con Él, porque está en ti.

Ahora quiero proponerte una experiencia. Tendrá que ser tu tarea de hoy. Sitúate en la presencia de Dios. Escucha, con calma. Acoge el silencio del Espíritu Santo en tu vida.

Piensa en tu presente: cómo vives, en qué situación pierdes la paz. En lo que creas que falles, pide su perdón y su misericordia.

Escuchar al Señor es siempre un descanso y un buen motivo para la alabanza alegre. No te desanimes. Ora al Espíritu Santo. Junto a Jesús conocerás tu propio rostro. Él te ayudará a aceptar tu propia vida. Verás que su comprensión cicatriza todas las heridas que pueda haber en tu alma. El Espíritu Santo te sanará interiormente. Fortalecerá lo débil, reconstruirá lo destruido, profundizará lo superficializado de tu alma con el bálsamo del amor.

Canta a María, recuerda que ella es la garantía de tu fidelidad, el estímulo de tu entrega, el aliento de tu oración. Reza el Rosario agarrándote a su mano. En el amor sencillo y generoso de María, tienes un ejemplo de lo que has de vivir.